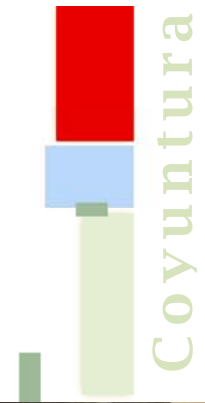


ELECCIONES EN EL SALVADOR. CRÓNICA DE UNA DERROTA ANUNCIADA*

Daniel Martínez Cunill**



Casilla en San Salvador, El Salvador. Fotografía: Ileana Jiménez Rendón.

Resumen

El capitalismo, en su versión neoliberal más salvaje, vive una mundialización caótica, preñada de nuevas crisis. En el re-alineamiento entre potencias, nuestra región se encuentra en el epicentro del enfrentamiento. En ese contexto, los gobiernos progresistas y de izquierda han fracasado en su proyecto de articulación de acuerdos básicos entre las élites conservadoras dueñas del capital y la población. La izquierda gobierna desde la derecha

del pueblo y el carácter institucional de los gobiernos progresistas proviene de la legalidad de una matriz ya superada por la historia. Derrotas electorales como la del FMLN en El Salvador enseñan que en un proceso de transformaciones sociales no basta con la legitimidad, también es preciso que haya representatividad. No son los gobernantes progresistas los que deben durar en el tiempo, deben ser los cambios estructurales y las formas de poder popular las que perduren.

Palabras clave: elecciones, El Salvador, FMLN.

* Esta es una versión corregida del texto presentado en la Mesa Redonda "Elecciones en El Salvador y la corriente conservadora en América Latina", realizada el 28 de febrero de 2019 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

** Sociólogo chileno naturalizado mexicano. Especialista en temas de Centroamérica, negociaciones y procesos de paz.

En las actuales condiciones de nuestro continente, la gobernabilidad para un gobierno progresista o de izquierda depende no solamente de la democracia, el desarrollo de alian-

zas, el respeto a la división de poderes y la alternancia en el mismo, sino en especial del tratamiento de la sociedad civil.

Entendemos la gobernabilidad como la relación equilibrada entre el gobierno y la sociedad, donde el primero ejerce el poder que le otorgó la ciudadanía de manera legítima, y la segunda expresa y defiende sus demandas – históricas o coyunturales– por medio de las diversas formas de lucha que el pacto democrático le otorga.

De allí entonces que el adecuado y constante tratamiento a la sociedad civil se convierta en el centro del análisis, ya que se trata de una relación dinámica y dialéctica, donde el respeto a las reglas del juego, el papel que asuma el Estado y el grado de participación de todos los actores sociales en la vida cultural y política de una Nación, determinarán el ritmo, la calidad y el carácter realmente popular de la gobernabilidad.

Avanzamos la tesis de que probablemente parte del problema reside en que la izquierda aborda la gobernabilidad más como un problema de gobierno y la sociedad la entiende, sobre todo, como un asunto de administración del Estado. Para la izquierda, esto se expresa como la contradicción que existe entre la sociedad política y la sociedad civil, mediada por la hegemonía política (Lenin) y la hegemonía cultural (Gramsci).

La sociedad civil es el reino de la hegemonía, es decir, de la orientación moral e intelectual de la sociedad (Gramsci), lo que requiere el respaldo de aquellos organismos de la sociedad civil que disputan el poder a través de la lucha ideológica. En las últimas décadas en nuestro continente, si bien se logró difundir la idea de la democracia representativa, no se hizo lo mismo en el campo de la sociedad civil. Nos estamos refiriendo a la hegemonía cultural e ideológica.

Si la cohesión económica está cimentada por el mercado, la cohesión social lo está por la cultura o por sus vínculos ideológicos (ideas, creencias, formas de pensar) que alimentan la opinión pública. Ni la sociedad política ni la sociedad civil son sujetos, como nos lo quiere hacer creer la teoría neoliberal, sino que son funciones; la primera, es decir la sociedad política, corresponde a una función coercitiva y la segunda, es decir la sociedad civil, a una función persuasiva. Y eso es lo que caracteriza (o debería caracterizar) a un buen gobierno: la adecuada combinación entre coerción y persuasión.

Otra cosa son los sujetos o aparatos que encarnan dichas funciones: la sociedad civil la encarnan aquellos aparatos ideológicos, académicos, artísticos, intelectuales, medios de comunicación, iglesias o cultura religiosa encargados de la cohesión social a través de la persuasión, el consenso o la creencia, ya sea defendiendo o criticando el orden público.

El gigante asiático y el norteamericano se enfrentan en un mismo terreno...

El error de la dirección del FMLN, y de la mayoría de la izquierda del continente, es haber hecho caso omiso de las reglas y mecanismos de persuasión y cohesión social, con malos resultados a la hora de gobernar sobre unas mayorías influenciadas por los valores universales de Occidente y la estrategia de los organismos sistémicos que se reclaman representantes de la libertad. Asumir esto nos permitiría, tal vez, entender mejor las sorpresas de las derrotas electorales por el rechazo que generan las reelecciones *cuasi* vitalicias y que la sociedad, aunque se beneficia de notorios avances en el ámbito de sus reivindicaciones materiales, expresa en las urnas la insatisfacción de sus libertades y sus demandas espirituales.

El carácter conservador de una ofensiva imperialista continental

Con la creciente participación de China en el ámbito del comercio mundial y el sorprendente desarrollo tecnológico que ha alcanzado este país en la última década, la economía global ha adquirido un nuevo dinamismo que genera mayores puntos de enfrentamiento y constantes disputas entre las grandes potencias.

El gigante asiático y el norteamericano se enfrentan en un mismo terreno, el mercado, desde dos puntos de vista ideológicos diametralmente opuestos (hasta ahora, por el momento). Tal vez ha quedado atrás la época en que el imperialismo era la expresión política del proceso de la acumulación capitalista que se manifiesta con la competencia entre capitalismo nacionales (de acuerdo con Rosa Luxemburgo) y asistimos al choque de dos imperialismos globales, surgidos de distinta matriz, pero que compiten con similares armas por el comercio mundial y la primacía tecnológica. En la medida que la administración de Donald Trump se resiste a aceptar esa evidencia, reacciona tanto en el terreno económico/comercial y militar, como con una agresiva política exterior, basada en la confrontación y la disputa de regiones que el capital imperialista considera como “propios”, ya sea por su posición estratégica, su riqueza en recursos naturales valiosos o ambas cosas combinadas.

Enfrentado a este escenario desafiante, Estados Unidos recurre a su antigua y conocida consigna “América para los americanos”, en el entendido que América son todas nuestras naciones. En el lenguaje geopolítico, significa que tanto América Latina como el Caribe son parte de su concepto de seguridad nacional, que comienza en México y termina en Argentina y Chile, y donde el curso de las decisiones que allí se tomen, deben coincidir con sus in-

Mesoamérica y el Caribe son uno de sus principales objetivos desestabilizadores

...

tereses estratégicos o bien ser declaradas subversivas y antidemocráticas.

Partiendo de que este argumento es válido, Trump y sus halcones recurren a diversas modalidades intervencionistas para detener los procesos progresistas y de izquierda, y revertir las transformaciones logradas. Insistimos en que esta ofensiva es global y que en lo que respecta a nuestro continente, Mesoamérica y el Caribe son uno de sus principales objetivos desestabilizadores (esto no excluye a Bolivia y a Ecuador porque la contraofensiva de Estados Unidos es global, pero desde luego su análisis reclama otro espacio).

Habiendo ratificado el carácter continental de la contraofensiva estadounidense —y que todas nuestras naciones son presa de la voracidad de recursos de Estados Unidos, que estaría dispuesto a llegar a una política de despojo, intervención y destrucción de los Estados/nación en la región, con tal de acceder a las riquezas sin impedimento— proponemos que sea en ese contexto que se analicen los conflictos que germinan en Venezuela, Nicaragua y Cuba, así como los resultados electorales de El Salvador, adversos al FMLN.

Antecedentes salvadoreños

El 4 de marzo de 2018 hubo elecciones parlamentarias en El Salvador y sus resultados dan algunas pautas para iniciar el análisis.

Previamente señalamos una reflexión de Salvador Romero Ballivián que debe contribuir al análisis:

La democracia en América Central llegó de manera más tardía que en el sur del continente y, a menudo, después de procesos más violentos, aunque pertenece de pleno derecho a la “tercera ola de la democracia”. Ese retorno planteó la necesidad de

generar acuerdos entre fuerzas políticas antagónicas, a veces enfrentadas militarmente, que dejaron como resultado miles de víctimas. El rediseño de las reglas del juego se tradujo en los acuerdos de paz o en nuevas Constituciones que plantearon implícitamente algunos de los dilemas abordados por el Contrato Social de Jean Jacques Rousseau: cómo lograr que el contrato social supere el estado de guerra (en el caso centroamericano, entendido en un sentido literal), cómo garantizar la libertad y la igualdad en sociedades altamente desiguales, cómo establecer la legitimidad de las autoridades a partir del consentimiento de todos (Romero Ballivián, 2014).

Como en elecciones anteriores, en esa ocasión el descontento ciudadano con los partidos políticos, y especialmente con la gestión gubernamental del FMLN, se tradujo en un alto abstencionismo y en un incremento del voto nulo y blanco como acto de protesta ciudadana frente a una oferta partidista que ya no les representaba. Según las encuestas preelectorales del Instituto Universitario de Opinión Pública de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (IUDOP), cerca del 88% de la ciudadanía decía no sentirse representada por los diputados o diputadas, mientras que más del 75% consideraba que las propuestas de campaña “eran más de lo mismo”. Además, indicaban que las dos instituciones que menos confianza inspiraban a la población eran la Asamblea Legislativa y los partidos políticos. Y añadía una seria advertencia que no fue atendida: las encuestas registraban que dos de cada tres personas no querían que ninguno de los partidos mayoritarios gobernara el país.

Esta crisis de representatividad se manifestó en un claro voto de castigo hacia los dos partidos mayoritarios, especialmente al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que perdió cerca del 44% de los votos

respecto a las elecciones de 2015. El sistema de partidos también falló en su tarea de convocar activamente a la ciudadanía, ya que en esas elecciones 57 de cada 100 personas no fueron a votar, y de aquellas que votaron, 1 de cada 10 votó nulo o en blanco.

El FMLN no reaccionó de forma apropiada a su derrota electoral y fueron débiles e imprecisos los intentos de reconstruir el partido y de liderar la contienda electoral presidencial que se anunciaba compleja para el siguiente año. Tampoco el gobierno supo asumir su responsabilidad política, pues los cambios realizados estuvieron más motivados a reconstruir su imagen que por una lectura autocrítica del mensaje de decepción que sus bases le estaban enviando.

No hubo pues, una renovación del partido ni en sus métodos de dirección ni en su agenda. Y el gobierno no supo (o no quiso)

dar un golpe de timón e iniciar una transformación con carácter de clase, profunda, que mejorara significativamente su gestión pública, para recuperar el apoyo de los sectores populares a los que decía representar.

A un año de iniciado el mandato presidencial de Salvador Sánchez Cerén, en 2015, se produjo un estancamiento en el número de diputaciones (31/31) y se pierden 9 alcaldías (de 94 a 85). Y a cuatro años de su gestión, en 2018, se pierden 8 diputaciones (de 31 a 23) y 18 alcaldías (de 85 a 57), lo que implica que durante su gobierno se fue gestando su desgaste, mismo que se manifestaría en la derrota electoral de 2019. Las encuestas para las presidenciales de febrero de 2019, en las cuales su candidato se ubicaba en tercer lugar, eran premonitorias.

Dos factores indisolublemente relacionados explican la disminución del caudal electoral del FMLN:

...más del 75%
consideraba que
las propuestas de
campaña “eran
más de lo
mismo”...

- La insatisfacción de las expectativas creadas por su segundo gobierno, del que se esperaba diera un salto cualitativo con respecto al primero, por haber sido Funes un presidente aliado (no militante) al FMLN, y Sánchez Cerén un miembro de la Comandancia General del FMLN insurgente. Esa insatisfacción es resultado de que, pese a los esfuerzos y resultados sin precedentes en materia social y socioeconómica cosechados por los dos gobiernos efemelenistas, las fuerzas opositoras en gran medida lograron boicotear la gestión de Sánchez Cerén y, al mismo tiempo, hacerlo aparecer como “el culpable” de las consecuencias de dicho boicot. Al FMLN también le afectó que el tema de la corrupción no sólo involucrara a los ex presidentes de la República por el partido ARENA, sino también al ex presidente Mauricio Funes, actualmente asilado en Nicaragua, a quien se acusa de malversar \$351 millones.
- La aparición de un complejo, contradictorio y difuso conglomerado de fuerzas sociales y políticas, encabezado por Nayib Bukele, ex aliado del FMLN que en 2012-2015 fue alcalde del pequeño municipio Nuevo Cuscatlán, y en 2015-2018 alcalde de la capital, San Salvador, en ambos casos con la bandera del FMLN. En 2017 Bukele fue expulsado de este partido con lo que no sólo se rompió el relativo equilibrio bipolar establecido en 2009 entre derecha (ARENA) e izquierda (FMLN), sino que generó una correlación tripartita de fuerzas donde Bukele se situó como el candidato presidencial con más posibilidades de triunfo en los comicios de febrero de 2019 y lo ratificó en las urnas con un resultado inédito en la historia electoral de El Salvador.

De un confuso discurso de campaña es complejo deducir tendencias, pero Bukele, con sus

críticas antisistema atrajo tanto a sectores de izquierda como a parte de la derecha salvadoreña. Al respecto, el filósofo/sociólogo Slavoj Žižek opina que “cuando hay frustración política en la izquierda, esa población vira hacia el extremo de la derecha en búsqueda de respuestas reales” (Žižek, 2014).

...las fuerzas opositoras en gran medida lograron boicotear la gestión de Sánchez Cerén...

La victoria de Bukele

Pasadas las elecciones de El Salvador, los dos partidos que gobernaron el país los últimos 30 años están llamados a analizar por qué se les escapó el poder de las manos y por qué el electorado se inclinó por un joven ajeno a las corrientes tradicionales aunque con un discurso antisistémico, pero carente de propuestas concretas. Para los partidos Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) y Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), el joven empresario Nayib Bukele, vencedor en los comicios, sólo existía en las redes sociales y sus seguidores eran más virtuales que reales. Sin embargo, los salvadoreños plasmaron en las urnas lo que por más de un año habían pronosticado las encuestas: Bukele, con el 53,02% superó en las votaciones a Carlos Calleja, postulado por una coalición de cuatro partidos encabezada por la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), —que gobernó el país de 1989 a 2009 y que buscaba volver al poder una década después— que apenas recibió el apoyo de 31% del electorado.

Por su parte, el ex canciller Hugo Martínez, del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), alcanzó el 14,4% y su partido recibió el segundo revés consecutivo después de la derrota en las elecciones municipales y legislativas de 2015. El Frente buscaba su tercer gobierno después que alcanzó el poder con el periodista Mauricio Funes en 2009 y Salvador Sánchez Cerén en 2014.

El FMLN, que ganó las presidenciales de 2014 con 1,495.815 votos, apenas logró 377.404 en esta ronda electoral, o sea perdió más de un millón de votos durante el gobierno que termina. Sánchez Cerén deja el cargo con una gran desaprobación: de acuerdo a una encuesta de Cid Gallup publicada en enero, su administración es la peor evaluada desde 1988 y tiene un índice negativo de 19 puntos.

Si no aplica una política de alianzas, el futuro gobierno de Nayib Bukele, quien tomará posesión el 1° de junio del año en curso, arriesga ser débil porque institucionalmente no tiene apoyo legislativo. La nueva administración estará en una situación todavía más complicada que el actual gobierno del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que tiene 23 diputados de un total de 84. Si Bukele continúa su alianza con GANA sólo contará con 10 diputados, más uno del partido Cambio Democrático, para un total de 11 (para aprobar una ley se necesitan 43 de los 84 votos de los diputados de la Asamblea Legislativa).

Por su parte, la derechista Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) cuenta con 37 diputados, sus aliados del Partido de Concertación Nacional tienen nueve y el Partido Democracia Cristiana tres, para un total de 49, suficientes para controlar cualquier decisión en el Parlamento, lo que deja por el momento a la oligarquía de extrema derecha en condiciones de boicot y choque de poderes.

Bukele tiene una posición muy precaria dentro del espectro político salvadoreño. Está lejos de ARENA, es decir de la derecha tradicional salvadoreña, y si alguna posibilidad tiene de establecer algún tipo de alianza es con el FMLN, con el que sin embargo existen heridas que no han sanado porque son recientes y requieren de un tratamiento político de reconciliación que parte de la dirección del FMLN se resiste a iniciar.

Bukele tiene una posición muy precaria dentro del espectro político salvadoreño.

Según Gramsci, un partido se hace históricamente necesario “cuando las condiciones de su triunfo, de su indefectible conversión en Estado, están al menos en vías de formación y permiten prever normalmente sus ulteriores desarrollos” (Gramsci, 1970:347).

Al parecer, el FMLN no supo medir el momento histórico que vivía durante el gobierno del presidente Funes, del cual era aliado, y que hacía prever que el siguiente gobierno estaría en manos directas del Farabundismo y que serían otras y mayores sus responsabilidades. Posteriormente, dedicado a gobernar y no a responder a las expectativas que como partido político había despertado, cayó en una espiral de distanciamiento de la población que hipotecó sus posibilidades de continuidad.

Conclusiones

Mundialización caótica

La coyuntura mundial está marcada por el agotamiento del capitalismo en su versión neoliberal más salvaje y por la crisis desencadenada hace ya más de una década que arrastra hacia una mundialización caótica, preñada de nuevas crisis, económicas y sociales, y de guerras locales.

Asistimos a un re-alineamiento de la competencia entre potencias y nuestra región se encuentra en el epicentro del enfrentamiento que ubica a Estados Unidos de un lado y a China del otro. En esta confrontación, las potencias imperialistas europeas se alinean con Estados Unidos, y Rusia fortalece su alianza con China (India se suma poco a poco a este grupo por las agresiones encubiertas de Estados Unidos). Por fortuna, sus principales choques se dan en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pero no está excluido que en cualquier momento aparezcan tropas mer-

cenarias en la frontera colombo/venezolana o de Brasil, similares a los “contras” que Elliot Abrams diseñó para Nicaragua o a ISIS en Medio Oriente.

Fracasos y aciertos

Los gobiernos progresistas y de izquierda han fracasado en su proyecto de articulación de acuerdos básicos entre las élites conservadoras dueñas del capital y la población, a la cual sin duda le otorgan mayores y mejores beneficios sociales, pero no espacios de participación directa y de decisión en los destinos políticos y económicos del gobierno que ellos mismos eligieron.

La izquierda gobierna desde la derecha del pueblo y el carácter institucional de los gobiernos progresistas proviene de la legalidad de una matriz ya superada por la historia. Esta democracia fraudulenta, tal vez reduce la incertidumbre de los sectores populares y proporciona legitimidad a las acciones de gobierno, pero no garantiza en absoluto una transformación de fondo en la lucha por una sociedad sin explotados y explotadores. Hasta ahora parece condenada a terminar de manera cíclica en derrotas electorales de la izquierda.

Una de las lecciones que nos dejan los gobiernos progresistas es que en un proceso de transformaciones sociales no basta con la legitimidad, también es preciso que haya representatividad. No son los gobernantes progresistas los que deben durar en el tiempo, deben ser los cambios estructurales y las formas de poder popular las que perduren.

El Salvador y sus desafíos

La derrota electoral del FMLN reclama tratar tres vertientes:

- La interna, que pasa por una renovación de su agenda, ya que la hasta aquí utilizada demostró sus limitaciones; una revisión de los métodos de dirección, que superen las costumbres de una organización guerrillera; y la apertura a las nuevas generaciones, que no necesariamente tienen que haber pasado por la experiencia de la lucha armada.

- La exterior, que en lo fundamental debe recomponer sus relaciones con los movimientos sociales y los sectores populares, más decepcionados por el trato político que por los resultados económicos de una década de gobierno; y una urgente política de alianzas con el nuevo gobierno, actualmente dispuesto, pero que muy pronto puede ser arrastrado hacia la derecha por presiones internacionales.

La gobernabilidad en este caso dependerá de que el FMLN sepa defender, junto a los sectores populares, lo avanzado en sus dos gobiernos, respalde las medidas que apunten en esa dirección y critique y rechace todo aquello que indique un proceso de restauración conservadora.

- La internacional, donde Bukele entra en discrepancia con sus vecinos más directos. Daniel Ortega en Nicaragua desde un gobierno que se reclama de izquierda pero reprime a su pueblo, y Juan Orlando Hernández de Honduras, cuya legitimidad es cuestionable para un presidente que llega con la mejor votación en la historia de El Salvador. Asimismo, debe equilibrar sus deseos de buena voluntad con la administración Trump y atender el tema migratorio, que los pone en franca contradicción.

...deben ser los
cambios
estructurales y las
formas de poder
popular las que
perduren.

Bibliografía

GRAMSCI, Antonio (1970), *Antología*, México, Siglo XXI.

ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2017), “Participación política y electoral en las democracias de América Central a inicios del siglo XXI”, en *Trace*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, núm. 66.

ŽIŽEK, Slavoj (2014), *Problemas en el paraíso. Del fin de la historia al fin del capitalismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, traducción de Damià Alou.